

Pórtico

Nada hay que aleccione tanto en el cumplimiento del deber, que nos guíe con más rectitud en la manera de realizarlo, que nos dé a conocer más profundamente el espíritu que lo anima, que nos haga ver con más claridad el por qué lo llenamos y que mejor nos enseñe a amarlo, que el conocimiento de cómo lo cumplieron los hombres que nos precedieron y dedicaron sus esfuerzos e hicieron el sacrificio de sus energías y sus vidas para legarnos una misión a realizar, y con ella un nombre honrado y un historial limpio y brillante.

La misión es el porvenir, y a ella debemos nuestros esfuerzos, nuestros desvelos y nuestros sacrificios, a fin de que los que nos sucedan reciban de nosotros, acrecentado, lo que la generaciones anteriores pusieron en nuestras manos. El nombre debe ser nuestra satisfacción, nuestro orgullo y el acicate para que la misión se realice en forma irreprochable, y el historial es la enseñanza viva, la escuela permanente, el maestro que nos muestra cómo se cumple la primera y se mantiene digno y en alto el segundo.

Cuando vivimos para nosotros mismos, con una concepción egoísta y materialista de la vida, consumimos nuestra herencia, y, sobre no crear, disminuimos el caudal que nos fué encomendado; entonces perdemos el estímulo por mantener enhies-to nuestro pabellón y olvidamos nuestra historia. Al dejar de

contemplar el pasado perdemos la visión del porvenir; al olvidar las luchas, los dolores y las glorias que fueron, perdemos el impulso hacia las empresas que han de ser, porque rompemos el eslabón que las une, el hilo que enlaza unas con otras.

El Cuerpo de Telégrafos, instrumento nacional de actividades tan importantes en la vida moderna como las que abarca la Telecomunicación; órgano pensante en cuanto tiene ésta de Ciencia; encargado de su estudio, fomento y desarrollo en nuestra Patria; elemento rector de sus aplicaciones; representante de la Nación en la gran organización internacional de las mismas; defensor de los intereses del Estado y del público frente a los elementos comerciales que pueden explotarlas o las explotan; organismo encargado de servicios de gran interés para todas las actividades y en todos los momentos de la vida nacional, recibió en su nacimiento, heredó en parte del servicio de telegrafía óptica, un espíritu que corresponde perfectamente a lo que la Patria puede exigir de él.

Este espíritu, rectamente interpretado, profundamente sentido, servido con fidelidad y entusiasmo por los telegrafistas, creó un nombre y un historial, y como las exigencias de la vida han ido haciendo que su misión vaya siendo cada vez más compleja y delicada, de actividades más extensas y variadas, hemos aquí herederos de una misión, un historial y un nombre. Misión que es preciso cumplir con honra, para lo que es indispensable, no sólo conocer el oficio, saber los secretos de la profesión, sino también conocer, admirar y procurarnos inspiración en el historial y sentirnos orgullosos del nombre.

La aparición en la vida corporativa, en algunos momentos, de masas jóvenes, reclutadas con angustiosa penuria de tiempo en algunas ocasiones, para hacer frente a duras exigencias de servicio, influidas por violentas corrientes generales exteriores, alucinadas por atrayentes espejuelos, y a las que no había tiempo de formar en nuestro espíritu y aleccionar en nuestro pasado; la influencia en determinados momentos del cansancio producido por olvidos, amarguras y desilusiones sufridas en la ruda lucha con la realidad adversa, pudieron hacer creer en algunos momentos que había desaparecido el espíritu inicial; pero esto era sólo una apariencia, y en la masa, al parecer informe y carente de toda orientación tradicional, no faltó nunca el grupo de hombres, in-

cónexo tal vez, pero que conservaba los granitos de sal recibidos en el bautismo, constituía la levadura del espíritu inicial; la lucecilla guía en las tinieblas, que en los momentos precisos señalaba rutas y demostraba que no se habían perdido las esencias de nuestro ser.

Para orientar a los telegrafistas jóvenes, para formar el espíritu de los telegrafistas nuevos, en estos momentos, los más adecuados para que surja en ellos con vigor el impulso hacia grandes ideales; la noción austera, viril y noble del servicio y el ardiente amor al mismo, base del engrandecimiento de la Patria, es preciso que aquéllos tengan ante sus ojos la historia de lo que fué, como punto de apoyo y de partida en la marcha al porvenir.

Pensando en ellos, hemos recogido y procurado presentar en forma amena algunos aspectos de nuestro historial y de las glorias nacionales en materia de Telecomunicación: laureles viejos, no olvidados, pero sí abandonados en algún rincón de nuestra casa. Hemos procurado que abarquen todas nuestras virtudes y todos nuestros diferentes aspectos y matices.

Al destacar un puñado de nombres, hemos querido, no sólo honrar memorias, sino encontrar en cada uno de ellos una virtud o una especialidad profesional, de la que el hombre fué un representante. Por eso, se ha asignado a cada hombre un lema. Cada uno es una porción de nuestro espíritu; todos, el espíritu de la Corporación.

Aunque nos hemos limitado a tratar hechos y hombres del siglo pasado, no debe creerse que en él se rompe nuestro historial; obedece esta limitación a un programa que nos hemos propuesto deliberadamente, en parte por razones de espacio.

Quede para otras plumas más brillantes y más autorizadas hacer desfilar ante la vista de los telegrafistas las glorias alcanzadas en los concursos de Turín y Berlín, en la Conferencia de Algeciras, en el Congreso de Ciencias de Salamanca, en la Escuela Superior de Electricidad de París; el gesto romántico de la red de Valdepeñas; los sacrificios y esfuerzos en los campos de África, junto al Ejército en todas partes y en todos los momentos. Si los elementos y datos aquí reunidos pueden servir para que alguien con más autoridad haga un estudio más completo de nuestra historia y de nuestro espíritu, consideraremos que la labor de rebusca y coleccionamiento habrá tenido una finalidad útil.

Así queda explicada la razón de ser de estos ¡Laureles viejos!, que, atados con una cinta de los colores nacionales, ofrece un telegrafista casi viejo a los telegrafistas jóvenes, en especial a los hijos de otros telegrafistas.

Aparte del valor espiritual de los laureles, de la belleza y brillo de la cinta, cuyos colores inflaman nuestro corazón, la labor de recogerlos y prepararlos no tiene más mérito que el ardiente cariño puesto al realizarla.